

TÉCNICAS DE PRODUCCIÓN ALFARERA VACCEA CONTRASTADAS A TRAVÉS DE LA ARQUEOLOGÍA EXPERIMENTAL

Carlos Sanz Mínguez, Fernando Romero Carnicero, Ana Isabel Garrido Blázquez, Diego San Gregorio Hernández, Álvaro Román Merino, Ester García García, Cristina Górriz Gañán, Ernesto Diezhandino Couceiro y María Luisa García Mínguez

Institución, dirección postal y correo electrónico

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg". Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid (España)

Plaza del Campus Universitario s/n, 47011, Valladolid, csanz@fyl.uva.es, fromero@fyl.uva.es

RESUMEN

La exhumación, en la campaña de excavaciones de 2005 en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia (Padilla de Duero, Valladolid), de la tumba 90, con un riquísimo ajuar cerámico, da pie a analizar en este trabajo algunas cuestiones técnicas de la alfarería vaccea: el modo en que se trabajaban en el torno ciertos vasos de cuello cerrado; diferentes formas de cerrar piezas huecas que se identifican con sonajas y las particularidades de la talla y decoración a punta de navaja.

Palabras clave: Cerámica, vacceos, Edad del Hierro, prerromano, modelado, sonaja, excisión.

ABSTRACT

The exhumation of tomb 90, with a very rich ceramic layette, during the excavation campaign of 2005 in the necropolis of Las Ruedas in Pintia (Padilla de Duero, Valladolid), allows us to examine in this study some technical questions concerning vaccean pottery: how some kind of closed neck vases were modelled in the wheel; different ways of closing hollow pieces that can be identified with rattles and some special features of the carving and the chip carving decoration.

Keywords: Pottery, vaccean people, Iron Age, pre-roman, modelling, rattle, excision.

Como se encargaba de señalar no hace mucho García Heras (1999), los estudios sobre tecnología cerámica de la segunda Edad del Hierro en la Meseta apenas si han hecho otra cosa que empezar, razón por la cual se erigen en un reto para la investigación; estos, como nos recordaba asimismo bien recientemente (García Heras 2005), sirviéndose de técnicas fisicoquímicas de análisis, se orientan a la resolución de problemas arqueométricos, tales como determinar la composición y estructura de los materiales cerámicos, con vistas a conocer sus propiedades, apreciar la tecnología productiva y atisbar posibles usos y funcionalidades. Dichos trabajos, por otro lado, y en la medida en que, como queda dicho, no han hecho otra cosa que comenzar, abordan fundamentalmente el estudio de las cinco acciones básicas que comprende la producción cerámica: selección de materias primas, preparación y acondicionamiento de las mismas, el modelado, el secado y, finalmente, la cocción de las piezas; es el caso del llevado a cabo por el mismo autor sobre las cerámicas numantinas de los siglos II y I a.C. (García Heras 1998) y del que se des-

prende el alto grado de especialización y estandarización de tales producciones, así como el hecho de que puedan considerarse, por encima de un simple artesanado, una auténtica actividad industrial.

Otro tanto cabe decir de las contemporáneas que comentamos aquí, procedentes en su totalidad del yacimiento vallisoletano de Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel), y a las que nos referiremos como vacceas, frente al calificativo genérico de celtibéricas, pues, aunque seguramente se vieron influenciadas por aquéllas en determinados aspectos tecnológicos, no hay que olvidar que, de la misma manera que ellas en relación con las ibéricas, dichas adopciones se acomodaron a las necesidades y lenguaje simbólico vacceos; máxime todo ello cuando nos desvirtuemos en fechas tan avanzadas y cuando, además, en la orilla opuesta al poblado de Las Quintanas, en el barrio artesanal de Carralaceña, en el término de Pesquera de Duero ya, se ha podido documentar un alfar y excavar un horno de considerables dimensiones (Escudero y Sanz 1993). Con todo y con eso, como trataremos de ir desgranando

en los diferentes apartados que siguen, la elaboración de una serie de recipientes, rica y variada ya en estas últimas décadas anteriores al cambio de Era, requirió todavía de una igualmente diversa serie de argucias, destinadas a resolver otros tantos problemas técnicos; soluciones que, relacionadas con la colocación en el torno y levantamiento de los vasos en el mismo o el cerramiento y decoración de ciertas piezas singulares, caso, respectivamente, de las sonajas o cajitas y otros objetos con motivos excisos, nos ha sido posible ir desentrañando al amparo de las circunstancias y situaciones más diversas.

Mencionar, por último, en estas líneas introductorias que la mayor parte de los materiales a que tendremos ocasión de referirnos a continuación han sido recuperados en el curso de los trabajos de excavación arqueológica llevados cabo, durante la campaña de 2005, en el cementerio vacceo de Las Ruedas en Pintia; es el caso de tres botellas, dos sonajas y dos cajitas de la tumba 90, exhumada en el sector AF de la zanja VII. Se trata de una tumba infantil, correspondiente a un niño de unos tres años, como parece deducirse de su fina calota craneana y de uno de sus incisivos que, junto a otros huesecillos y hasta sumar un peso de 40 g, figuraban en el interior de una orza de cerámica común hecha a torno, que, como en tantas otras ocasiones en esta necrópolis, sirvió de urna cineraria (Sanz Mínguez 1997: 308 y 492, fig. 239); integraban el ajuar una treintena de piezas cerámicas entre las que creemos adivinar la existencia de objetos de diversa naturaleza: funcional y puramente simbólica, estos últimos sin cocer y de entre ellos algunos realizados a mano imitando tipos torneados. En el primer grupo cabe incluir siete piezas —dos ollas toscas hechas a torno, una de las cuales como queda dicho contenía los restos infantiles, en tanto que la otra ofrecía en su interior restos de fauna; tres recipientes anaranjados, igualmente torneados y pintados: botella, jarrón y cuenco profundo; y, finalmente, dos botellas más, hechas a mano, con decoración plástica de tetones, gallones acanalados y peine— y las veintitrés restantes, todas ellas elaboradas o modeladas a mano, integrarían el segundo —dos cajitas zoomorfas y fragmentos de una tercera; cuatro cuenquecitos, cuatro botellitas, dos sonajas y nueve canicas y la parte inferior de un vaso de forma imprecisable—, apareciendo estrechamente vinculadas a la urna cineraria. Piezas todas ellas que permiten una datación aproximada del conjunto en torno al siglo II a.C.



Figura 1. Pintia (Padilla de Duero, Valladolid), necrópolis de Las Ruedas, tumba 90.

EL MODELADO INVERTIDO DE DETERMINADOS RECIPIENTES

El análisis del modelado de las vasijas a torno siempre ha quedado en un segundo plano con respecto a otros aspectos relacionados con la cerámica vaccea, como pueden ser su propia composición o funcionalidad. En lo que a la comunidad de Castilla y León se refiere, la investigación ha estado encaminada hacia la búsqueda de tipologías (Wattenberg García 1978) y la interpretación social de las producciones vasculares (Escudero 1999).

Otro tanto ocurre con muchos de los estudios de carácter etnográfico, pues tampoco se centran en el torneado y levantado de la pieza, sino en la forma del recipiente o en su posible utilización. Esto se advierte en la mayoría de trabajos dedicados a las artesanías alfareras de la provincia de Valladolid, en los que los autores se limitan a recopilar largos inventarios de alfares, artesanos y producciones vasculares (Cano 1991; García Benito 2004).

De esta manera, escasas son las referencias que, aunque de manera superficial, indagan en el levantamiento y modelado de los recipientes partiendo de la pella de barro. De hecho, solamente en los trabajos de García Heras se desgaja el proceso de transformación de la arcilla en cerámica —siguiendo para ello las teorías anglosajonas de Peacock—. Sin embargo, incluso en ellos, la importancia se centra en la procedencia y el aprovisionamiento de los barros —concediendo, por tanto, un tratamiento secundario al modelado, o incluso a la cochura—, puesto que su investigación está vinculada a los análisis espectrográficos de componentes (García Heras 1999).

A simple vista, son muy pocos los estudios arqueológicos sobre el modelado realizados hasta la fecha. Sin embargo, el papel fundamental que dentro del Proyecto DOCEO* poseen los materiales, en su mayoría, producciones vasculares idénticas a las encontradas en el propio yacimiento, motivó esta investigación. Además, el replicado de ambientes de dos de las partes principales de la Zona Arqueológica Pintia, tanto el poblado «Las Quintanas» como el cementerio «Las Ruedas» (Sanz Mínguez 1997), ha supuesto la reconstrucción de tipologías con objetos muy distintos para una y otra, de acuerdo a su funcionalidad o simbolismo, lo que por consiguiente puede suponer diferencias en todo el proceso de manufactura.

Hemos contado para el replicado arqueológico de las piezas cerámicas con la colaboración del alfarero Carlos Jimeno Velasco quien desde su taller en Cabezón de Pisuerga (Valladolid), se ha encargado de llevar a cabo tanto las vasijas hechas a mano como las torneadas. Esta colaboración permitió plantear algunas hipótesis de trabajo muy interesantes, que se vieron corroboradas muy pronto al contrastarlos con los propios materiales exhumados en el yacimiento, la primera y más evidente el alto grado de desarrollo tecnológico conseguido por los alfareros vacceos.

Estas cerámicas alcanzan una gran variabilidad de formas, ya que se han hallado desde tipos utilizados como

vajilla de mesa hasta otros que lo fueron como recipientes de almacenamiento. Debemos recordar en este sentido los trabajos de Escudero Navarro y Sanz Mínguez para el mundo cotidiano (Escudero y Sanz 1993) y del propio Sanz Mínguez para el ámbito funerario (Sanz Mínguez 1997). Sin embargo, todas tienen una serie de características comunes, como son las pastas muy depuradas, que abarcan tras su cocción oxidante desde las coloraciones amarillentas hasta las rojizas, y la decoración, generalmente compuesta por motivos geométricos pintados con óxido de manganeso, lo que dota a los diseños de una típica coloración oscura.

La primera cuestión que nos formulamos partió del planteamiento de que las producciones torneadas de fondo umbilicado, normalmente con forma de cuencos hemiglobulares, botellas y grandes recipientes, tales como ollas y orzas, fueran modeladas de manera invertida; es decir, comenzando a levantar la pella de barro a partir del borde de la pieza y cerrándola con el umbo central de la base. Esto explicaría por qué las paredes de la gran mayoría de las vasijas aumenta su grosor al aproximarse a la boca, donde suele superar el cm, siendo, por su parte, las paredes de los fondos mucho más finas, de apenas unos 4 mm.

Esta hipótesis se vio confirmada en Pintia durante la campaña de excavación del año 2005, cuando en la necrópolis vacceo-romana de Las Ruedas, se exhumó la tumba 90; un depósito funerario que, como queda dicho, se hallaba integrado por una treintena de piezas cerámicas, entre las que distinguimos las de carácter funcional de las meramente simbólicas. De entre éstos últimos, destacan, en lo que a modelado se refiere, tres botellas hechas a mano pero tipológicamente idénticas a otras elaboradas a torno. Estas botellitas, todas ellas de en torno a los 10 cm de altura, mostraban a las claras el haber sido moldeadas en dos o tres tiempos diferentes: por un lado, y en primer lugar, se habría levantado el borde, el cuello y el cuerpo de la pieza, pues puede observarse la existencia como remate de éste último, de un falso borde; seguidamente, y aparte, se habría modelado, mediante presión digital, el fondo umbilicado; por último, y para terminar, ambas partes se habrían pegado, quedando así la pieza lista para su cocción. Sin embargo, el hecho curioso de que las tres botellas que comentamos fueran sólo secadas al sol, ha permitido apreciar esta particular forma de elaboración.

Es más, la alfarería tradicional, incluso hasta hoy mismo, en la provincia de Valladolid, se ha seguido sirviendo de este recurso a la hora de modelar los recipientes de base convexa. Tal ocurre con ciertas cazuelas y pucheros a los que, por suponerse imitaciones de las cazuelas de Breda comercializadas a comienzos del pasado siglo en la provincia mencionada, se denominan catalanas; torneadas invertidas y una vez cerrada su base, se volteaba al pieza y, tras colocarla sobre un soporte cilíndrico, al objeto de evitar la deformación del fondo, se terminaba de definir el borde (González 1989: 138)

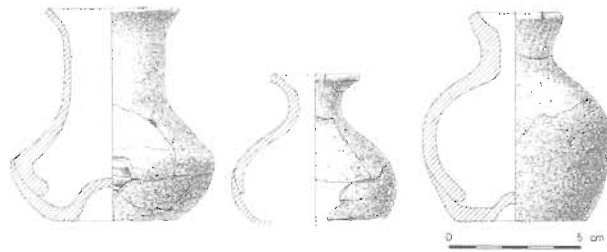


Figura 2. Botellas de la tumba 90 del cementerio de Las Ruedas de Pintia.

VARIACIONES DE CONSTRUCCIÓN DE SONAJAS

La existencia entre las producciones cerámicas vacceas no vasculares de las que, por muchas razones, preferimos calificar de "singulares", siguiendo a Sanz Mínguez (1997: 314-349), frente al término de "menores" con el que han sido descritas en otras ocasiones de ciertas bolas con el interior hueco en el que se han introducido pequeñas pellas de barro o piedrecitas, lo que hace que produzcan un característico sonido al agitarlas y de ahí que fueran denominadas "canicas sonajas" o "sonajas" simplemente, es conocida en la bibliografía al uso desde hace casi medio siglo (Wattenberg 1959: 216-217, núms. 10 y 11). Hubo que esperar poco más de veinte años para que se publicaran dos piezas análogas, aunque de mayor tamaño, diferentes formas y rica decoración, a las que, por su estructura y contenido interior, pero sobre todo porque recordaban "algo tan entrañable y a la vez tan común como son los sonajeros infantiles", se identificó como tales (Martín Valls y Romero 1980: 160-165).

Todavía hubieron de transcurrir algo más de tres lustros para que se dieran a conocer nuevos ejemplares: siete en total, en su mayoría fragmentos y todos ellos, excepción hecha de uno que procede de Numancia, recuperados en yacimientos vacceos, al igual que los anteriormente citados. Fueron reunidos por Sanz Mínguez en su estudio sobre la necrópolis padillense de Las Ruedas (Sanz Mínguez 1997: 333-336), quien, en función de su forma, los agrupó en tres tipos: esféricos, cilíndricos y fusiformes. En otro orden de cosas, dicho autor prefiere referirse a ellos como "sonajas", en la medida en que dicho término no presupone su uso exclusivamente infantil, y se inclina, al igual que hiciera Wattenberg en su día (Wattenberg 1959: 216), por su finalidad religiosa; argumenta para ello el carácter profético o simbólico que cabe atribuir al hecho de que muchos de ellos se decoren con la técnica de la excisión y, muy particularmente, el que el único ejemplar con contexto arqueológico conocido, una pieza completa y lisa recuperada en el cementerio de Las Ruedas, proceda de una tumba, la 38, correspondiente a un hombre, de condición guerrera, de entre 30 y 40 años (Sanz Mínguez 1997: 96-100 y 335, fig. 91-R). Un nuevo ejemplar, asimismo completo e igualmente recuperado en la necrópolis mencionada, ha sido publicado no hace mucho, pero, dado que habremos de referirnos a él con mayor detenimiento algo más adelante, no haremos aquí más que mencionarlo.

Centrándonos ya en cuanto nos interesa ahora, dos son los tipos de sonajas que tendremos ocasión de comentar en este apartado, por más que no sean los únicos, pero en la medida en que tan sólo en estos casos nos ha sido posible conocer su técnica de elaboración; uno y otro, por lo demás, ofrecen algunas novedades desde el punto de vista formal.

Queremos ocuparnos así, en primer lugar, de tres nuevas piezas, documentadas por vez primera en la campaña de 2005 en el cementerio de Las Ruedas, dos de las cuales, junto con las botellas comentadas en el epígrafe anterior, integraban la treintena de piezas cerámicas que procuró el depósito funerario de la tumba 90. En principio, cabría adscribirlos al tipo cilíndrico al que, como queda dicho, corresponde el ejemplar de la tumba 38, pero quizá parezca más apropiado en esta ocasión referirse a ellos como carretes, pues, en efecto, su cuerpo cilíndrico y ligeramente abombado se remata con sendas bases de diámetro ligeramente mayor. Frente al ejemplar de la tumba 38 que, como quedo dicho más atrás, es liso, estos, tal como ocurre también con el asimismo cilíndrico de El Soto de Medinilla (Martín Valls y Romero 1980: 161-162, fig. 1, lám. I-1) o los dos fragmentos del mismo tipo de Las Ruedas (Sanz Mínguez 1997: 175, fig. 176-538 y 539), presentan la totalidad de sus superficies profusamente decoradas; diversos motivos geométricos incisos, impresos y excisos se combinan en composiciones radiales en las bases o en frisos corridos a lo largo del cuerpo. Si algunos de los ejemplares a que acabamos de referirnos tuvieron asas, nada permite pensar que los que ahora nos ocupan contaran con ellas.

Bastante bien conservados en líneas generales, uno de ellos presenta una ligera erosión en el borde de una de sus bases, lo que quizá pudiera explicarse por el hecho de que, al igual que las tres botellas previamente comentadas, no fue cocido; este hecho pudo confirmarse también en el segundo, que conservaba una de sus caras rota. Este último dato permitió advertir, además de que cobijaba un total de veintiocho bolitas de arcilla un número nada despreciable si se tiene en cuenta que el diámetro del cuerpo y la altura se sitúan en torno a los tres centímetros y medio, el proceso seguido en su elaboración: sobre una de las bases se habría levantado el cuerpo, de diámetro algo inferior como queda apuntado, que remata en un borde algo exvasado y con un labio engrosado y redondeado; a continuación, y en dicho borde, se encajó una tapaderita, disimulando perfectamente, para terminar, la unión entre ambas piezas.

Un tercer sonajero, análogo desde el punto de vista formal y decorativo a los comentados de la tumba 90 y, según parece y al igual que ellos, también sin cocer, formaba parte del ajuar de la tumba 93; junto a él comparcián una canica, una cajita excisa y restos de dos vasos, uno de ellos cocido en fuego oxidante y en reductor el segundo, decorado con un friso de motivos impresos a peine enmarcado por grupos de líneas incisas ejecutadas a peine también.

El otro ejemplar que queremos traer a colación aquí procede también de la necrópolis de Las Ruedas, fue hallado en la tumba 67 y, como se indicó líneas arriba, ha sido dado a conocer recientemente (Sanz Mínguez et al. 2003: 212-215, fig. 10-2; Sanz Mínguez y Romero 2005: 52-53). El conjunto funerario, que debió depositarse introducido en una caja de madera, estaba muy maltrecho, habiendo podido recuperarse, amén de unos clavos de hierro que permiten avalar la afirmación anterior, un ungüentario de vidrio, una lucerna y un sonajero, materiales que permiten datar el enterramiento a principios del siglo I d.C. De las piezas mencionadas sólo la que nos interesa ahora, la sonaja, apareció intacta, si bien lo que, no sin cierto grado de cinismo, nos atreveríamos a calificar de "feliz" accidente δ pues, aunque supusiera la rotura de la pieza, nos permitió saber cómo fue fabricada δ , justifica el que volvamos sobre ella de nuevo.

De evidente sabor indígena, fue fabricada a torno y cocida en fuego oxidante; su perfil lenticular, no lo es en el sentido estricto que se aprecia en otra pieza de Padilla de Duero, aunque de Las Quintanas (Martín Valls y Romero 1980: 162, fig. 2, lám. I-2), ya que puede decirse que parece dividido en tres cuerpos, troncocónicos el superior e inferior y cilíndrico el central. Levantado de una sola vez en el torno a partir de su base plana, se cierra en la parte superior con un umbo; esta última se decora con una línea helicoidal pintada en negro. En el cuerpo central se practicó un pequeño orificio, por el que debieron de introducirse tanto las seis bolitas de arcilla que contenía como el polvillo blanquecino que recubría sus paredes interiores y que, suponemos, tendría como finalidad evitar la adhesión de tales pellas en el proceso de cocción; dicho orificio fue cerrado con un taponcito, disimulado al exterior hasta tal punto, que, de no haber ocurrido el fortuito accidente aludido, no habríamos sabido nada de cuanto queda dicho.

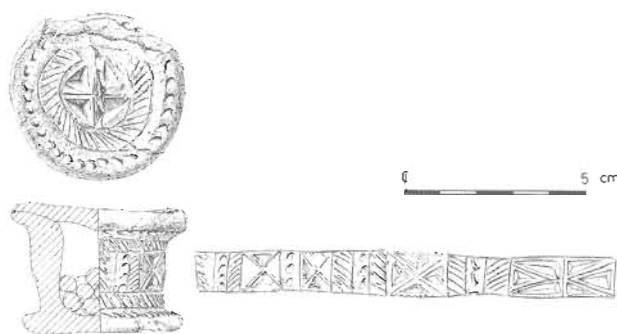


Figura 3.- Necrópolis de Las Ruedas (Pintia), sonaja recuperada en la tumba 90.

PRODUCCIONES SINGULARES CONFORMADAS Y DECORADAS MEDIANTE TALLA A BISEL A PUNTA DE NAVAJA

Otro de los elementos más llamativos del conjunto funerario 90 fue una diminuta cajita zoomorfa de cuatro

patitas con asa. Su perfecta conservación, después de más de dos mil años de depósito y pese a no ser sino barro ya que no fue objeto de cocción, se debió a su colocación en el interior de la urna cineraria directamente sobre el paquete óseo que, por corresponder a un individuo infantil, apenas ocupaba el tercio inferior del recipiente.

Como es bien sabido cuando hablamos de excisión nos estamos refiriendo a una técnica decorativa conocida entre las producciones cerámicas del Bronce Final del grupo de Cogotas I, consistente en la extracción de barro del recipiente, dejando una cama rugosa que posteriormente serviría de anclaje idóneo para la incrustación de pasta blanca o roja (Maluquer de Motes 1958: 36). Para el momento al que nos venimos refiriendo las coincidencias con lo hasta ahora descrito resultan más bien escasas, ya que a la circunstancia de que en los productos vacceos la técnica excisa afectara habitualmente tanto al proceso de elaboración del objeto, es decir, a su morfología, como a su decoración, se une el hecho de que esta última no estaba concebida para encajar ningún tipo de relleno o incrustación de pasta, lo que por otro lado tampoco habría convenido a las superficies lisas de los planos de extracción, impecablemente biselados para ser contemplados tal cual y lograr al tiempo un sugerente efecto de claroscuro.

Abundando en las diferencias señaladas diremos que, pese a existir algunos excepcionales vasos así decorados, la técnica excisa fue ejecutada habitualmente entre los vacceos sobre terracotas de carácter no vascular; y es determinante en relación con ello el rasgo ya señalado de la elaboración de su morfología a través del procedimiento técnico del corte y extracción de barro a punta de navaja. Así, la variedad tipológica alcanza a piezas como cajitas zoomorfas de cuatro patas, barcas, pies, figuras animales, sellos, colgantes, sonajas, placas, etc.; es decir, elementos de naturaleza singular, cuyo carácter funcional, en ocasiones más que dudoso, se ve complementado por una muy posible virtud profiláctica o de protección (Sanz Mínguez 1997: 347-349).

En relación con el aspecto experimental que nos ha convocado a este Congreso de Arqueología, nos propusimos la reproducción del sistema de talla a bisel a partir de bloques prismáticos a los que ir practicando sucesivos cortes para poder en un primer momento aproximarnos a su morfología y finalmente decorar su superficie, después de un minucioso análisis de la pieza. Plantearemos a continuación, pues, todos los considerandos que la cajita zoomorfa con asa más completa de la tumba 90 de la necrópolis de Las Ruedas nos ha ido generando en su proceso de réplica.

Llama la atención el tipo de pasta seleccionada para la fabricación de estos objetos que, pese a estar realizadas mayoritariamente a mano —en otros productos habitualmente con acabados reductores y desgrasantes a menudo ostensibles o groseros—, resulta muy decantada y de color anaranjado, similar a la empleada en las llamadas “cerámicas finas pintadas”, más genéricamente conocidas como “cerámicas celtibéricas”.

Este detalle, sobre el que hemos experimentado, resulta de vital importancia ya que un desgrasante grueso tiene un efecto no deseado: cuando se practican los cortes a bisel a punta de navaja esas partículas son arrastradas y queda testimonio de su trayectoria en forma de surcos, que afean sobre manera el acabado.

Así pues, partiendo de una pasta bien amasada y decantada, antes de empezar a configurar el bloque prismático como punto de partida, hay que esperar a que el barro seque lo suficiente para que se pueda manipular sin que se produzcan indeseadas adherencias sobre las manos; se trata de alcanzar lo que los alfareros denominan la “textura de cuero”, es decir, un barro consistente que apenas mancha, pero de estado todavía maleable y plástico. La pella con esta textura debe ser golpeada contra una superficie lisa, variando continuamente sus planos de choque, hasta conformar una figura paralelepípedica. Conseguida ésta se inicia la talla del bloque, configurando patas, asa y vaciando a continuación la cavidad; en la pieza que nos ocupa también el lateral menor, contrario al del asa, hubo de ser objeto de vaciado para dejar en resalte sus tres aristas verticales y superior sobre las que se plasmaría después una extraña pero no desconocida decoración a base de picos y orificios.

Establecida la morfología básica del objeto, el paso siguiente, salvo que fuera a restar liso, sería ejecutar la decoración; el boceto en forma de ligera incisión sobre la superficie a decorar suele detectarse en el común de los ejemplares; no sería necesario su desarrollo completo, simplemente algunas líneas como guías maestras, ya que en términos generales podemos hablar de una clara tendencia a la improvisación y de cierta falta de esmero en la ejecución. En el caso que nos ocupa puede observarse perfectamente cómo en uno de los laterales mayores la estrella de cuatro puntas que queda inscrita en la parte central de la composición ha sido ejecutada en técnica excisa sobre la base de una gran aspa incisa que excede la dimensión de aquella.

Una de las características habituales de este tipo de objetos y de la técnica excisa en sí misma es su tendencia al horror vacui, lo que se traduce en que prácticamente no resten espacios sin decorar, todo lo más el lateral menor de las cajitas, donde se ubica el asa, como es el caso. Si analizamos las diversas decoraciones vemos que se han combinado incisión, impresión y excisión: los tres tipos de acciones fueron realizados de manera consecutiva, siempre con la punta de la navaja, aunque de forma diversa, bien en la vertical, bien de manera casi plana conformando un ángulo agudo, o bien incidiendo oblicuamente en unos 45°, respectivamente.

Así pues, en nuestra réplica la secuencia de aplicación decorativa consistió en realizar en primer lugar las líneas-guías incisas, que enmarcan y distribuyen el resto de los motivos, seguido de las sucesivas impresiones triangulares aplicadas en la misma dirección que determinan una especie de orla, para terminar ejecutando la decoración excisa.

Dada la mayor especificidad y complejidad de esta última, conviene detenernos un poco más en ella. Una primera consideración nos lleva a valorar los aspectos técnicos de esta decoración; así, en este ejemplar hemos observado hasta tres de las cuatro excisiones documentadas en las producciones prerromanas meseteñas: cónica, diédrica, triédrica y más común, faltando la tetraédrica, con diferencia la más extraña o excepcional documentada minoritariamente en una cajita de Palenzuela, una placa circular de Matapozuelos (Sanz Mínguez 1997: 323) y más recientemente en un dado cerámico de Coca (Blanco 2005: 406, fig. 4).

En la cajita de la tumba 90 de Las Ruedas la excisión cónica y diédrica se ofrece en los bordes del lateral menor, sobre las aristas previamente descritas. El desarrollo de la excisión cónica hubo que hacerla desde ambos lados de las aristas, un poco hacia el interior, aplicando un giro de 360° a la punta de navaja hincada en el barro, consiguiendo así conectar ambos conos y dejar al descubierto un pequeño orificio; por su parte la excisión diédrica o "a dos biselados" se realizó sobre la misma arista configurando una decoración de picos. Este tipo de decoración nos era ya conocida a través de algún ejemplar fragmentario de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz Mínguez 1997: fig. 166-517).

El resto de los motivos excisos corresponden al modelo triédrico: triángulos rehundidos obtenidos mediante dos cortes oblicuos convergentes y un tercero, igualmente convergente, que, combinado con una ligera presión hacia el exterior, procura la extracción limpia del barro excindido. Dichos triángulos combinados en forma y número diferentes configuran en nuestro caso una estrella de cuatro puntas en cada uno de los laterales mayores, otras dos más en el asita y, finalmente, en el lateral menor una estrella de dos puntas.

Para concluir es rara la pieza que no presenta las aristas biseladas; nuestro ejemplar no escapa a la norma, pudiéndose observar que se trata de un acabado final, una vez concluida la decoración.

Es evidente que la cajita de la tumba 90 de Las Ruedas careció de funcionalidad práctica y que fue confeccionada específicamente para acompañar al niño en su tumba. Su delicada y frágil constitución no habría posibilitado un uso prolongado de la misma y puede decirse que, por el contrario, su conservación es impecable pese a que, recordemos, no está cocida. La posible interpretación como juguete cede paso a sus valores simbólicos. Si su morfoestructura y cavidad aluden respectivamente a una esquematización de un caballo y a la sal, es evidente que ambos elementos jugaron un papel determinante en la jerarquizada sociedad vaccea de Pintia que, para el caso que nos ha ocupado (una tumba con una treintena de objetos), sería expresión inequívoca del concepto del estatus adquirido, en un niño de muy corta edad, aunque no tanta como para que no fuera sometido ya al ritual incinerador, es decir, con los dientes ya fuera.



Figura 4.- Tumba 90 de la necrópolis padillense de Las Ruedas: cajita zoomorfa.

NOTAS A PIE DE PÁGINA

El Proyecto DOCEO, inserto en el Proyecto Pintia, está dirigido a estudiantes de entre 10 y 14 años y financiado por la Obra Social de Caja España. A través del mismo se pretenden difundir los valores arqueológicos de la Zona Arqueológica Pintia y, a partir de ahí, potenciar el aprecio, defensa y conservación de nuestro Patrimonio Histórico y Cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO GARCÍA, J.F. 2005: "Relaciones de los celtiberos con el mundo meseteño". En A. Jimeno Martínez (ed.): Celtiberos. Tras la estela de Numancia. Excma. Diputación de Soria. Soria: 401-408.
- CANO HERRERA, M. 1991: "La artesanía vallisoletana en 1990". En M. Cano Herrera (ed.): Artesanía de Valladolid. II. Historia. Caja España. Valladolid: 17-66.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. 1999: "Consideraciones sobre la alfarería vaccea. La producción de cerámica a torno". En F. Burillo Mozota (coord): Economía. IV Simposio sobre los Celtiberos (Daroca 1997). Diputación Provincial de Zaragoza, Institución "Fernando el Católico". Zaragoza: 241-257.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C. 1993: "Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid). En F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.): Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León. Valladolid: 471-492.
- GARCÍA BENITO, A. 2004: Cerámica tradicional de Peñafiel. Diputación de Valladolid. Valladolid.

- GARCÍA HERAS, M. 1998: Caracterización arqueométrica de la producción cerámica numantina. *British Archaeological Reports, International series 692*. Archaeopress, Oxford.
- GARCÍA HERAS, M. 1999: "La artesanía alfarera celtibérica. Un reto para la investigación". En F. Burillo Mozota (coord.): *Economía. IV Simposio sobre los Celtiberos (Daroca 1997)*. Diputación Provincial de Zaragoza, Institución "Fernando el Católico". Zaragoza: 221-239.
- GARCÍA HERAS, M. 2005: "La tecnología cerámica". En A. Jimeno Martínez (ed.): *Celtiberos, tras la estela de Numancia. Catálogo de la Exposición (Soria 2005)*. Excma. Diputación de Soria. Soria: 359-366.
- GONZÁLEZ, P. 1989: *Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid. 1. Colegio Oficial de Arquitectos en Valladolid y Caja de Ahorros Provincial de Valladolid*. Valladolid.
- MALUQUER DE MOTES NICOLAU J. 1958: *El Castro de Los Castillejos en Sanchorreja*, *Acta Salmanticensis XIV-1*. Excma. Diputación Provincial de Ávila y Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Avila-Salamanca.
- MARTÍN VALLS, R. y ROMERO CARNICERO, F. 1980: "Dos sonajeros vacceos". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología XLVI*: 160-165.
- SANZ MÍNGUEZ, C. 1997. *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6. Junta de Castilla y León y Ayuntamiento de Peñafiel. Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. 2005: *Pintia cotidiana y simbólica*. Universidad de Valladolid, Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg". Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C., MARCO SIMÓN, F., BELTRÁN LLORIS, F., CATALÁN GARRIDO. L., VELASCO VÁZQUEZ, J. y CENTENO CEA, I. 2003: "Las Ruedas de Pintia: nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides". En C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.): *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Universidad de Valladolid. Valladolid: 197-220.
- WATTENBERG, F. 1959: *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. *Bibliotheca Praehistorica Hispana II*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Diputación Provincial de Valladolid. Madrid.
- WATTENBERG GARCÍA, E. 1978: *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga. (yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas)*. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid III. Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos y Patronato Nacional de Museos. Valladolid.